

VOL. I - N° 1
1989

ANUARIO MARIATEGUIANO

A N U A R I O



MARIATEGUIANO

VOL. I - N° 1 - 1989



ANUARIO MARIATEGUIANO

Directores

Alberto Tauro Antonio Melis

Editores

José Carlos y Javier Mariátegui Chiappe

Comité Honorario

Anna Chiappe de Mariátegui/ Xavier Abril/ Emilio Romero/ Antonio Navarro Madrid/
Nicanor De La Fuente/ Julio Portocarrero/ Jorge Del Prado/ Moisés Arroyo Posada/
Gustavo Espinoza Rosales

Comité de Redacción

Jorge Falcón/ Estuardo Núñez/ César Miró/ Alejandro Romualdo/ Tomás G. Escajadillo/
Alberto Flores Galindo/ Max Silva Tuesta/ Wilfredo Kapsoli/ Pedro Rodríguez Vidal

Comité Consultivo Nacional

Francisco Alarco/ José Luis Ayala/ Enrique Ballón/ Arturo Corcuera/ Antonio Cornejo
Polar/ Washington Delgado/ Juan Gargurevich/ César Germaná/ Gustavo Gutiérrez/ Alfonso
Ibáñez/ José Ignacio López Soria/ Ricardo Luna Vega/ Pablo Macera/ Juan Mejía Baca/
Diego Meseguer/ Luis Nieto/ Winston Orrillo/ Bruno Podestá/ Raimundo Prado/ Aníbal
Quijano/ Antonio Rengifo/ Virgilio Roel/ José Tamayo Herrera/ Gustavo Valcárcel/ Omar
Zilbert

Comité Consultivo Internacional

Antonio Pagés Larraya/ José Aricó/ Juan Carlos Portantiero/ Carlos Altamirano (Argentina)
Manfred Kossok/ Jürgen Kübler (República Democrática Alemana) Kuno Füssel/ Fritz
Haug/ Elconore von Oertzen (República Federal de Alemania) Manoel Bellotto/ Anna María
Correa (Brasil) Francisco Baeza/ Roberto Fernández Retamar (Cuba) Clodomiro Almeyda
(Chile) Bai Fengsen/ Su Zhenxing/ Tang Besheng (República Popular China) William W.
Stein/ Harry Vanden/ Eugenio Chang-Rodríguez/ Jaime Concha/ Solomon Lipp/ Renato
Alarcón (Estados Unidos de Norteamérica) Arnaldo Córdova/ Ricardo Melgar/ Pablo
González Casanova/ Francisco Martínez De La Vega/ Rubén Jiménez Ricalde (México)
Manuel Claps/ R.F. Abadie-Aicardi (Uruguay) Atanas Stoikov (Bulgaria) Robert Paris/
Ruggiero Romano/ Mario Goloboff (Francia) Adam Anderle (Hungría) Giovanni Cassetta/
Renato Sandri/ Ignazio Delogu/ Gianni Toti/ Malcolm Sylvers (Italia) Kinichiro Harada/
Toyoharu Tsuji/ Hiroshi Uetani (Japón) A. Shulgovsky/ V.G. Korionov/ I.L. Rovinskaja/
S. Semionov/ N. Smirnova/ V. Titov (U.R.S.S.)

11/10/1916

Anoche te recordé tan intensamente que hoy he sentido la obligación imperiosa de escribirte.

Tú que has perdonado muchas veces mis olvidos, sabrás perdonar también que esta carta haya tardado tanto, y sabrás comprender que esta tardanza no puede deberse a que haya dejado de recordarte.

Yo no sé explicarte por qué he dejado de escribirte.

Y me apresuro a escribirte para reclamarte también que me escribas. Al trazar estas líneas pienso en que tendrás la eficacia de proporcionarme el bien inapreciable de tus cartas, interrumpidas desde hace tanto tiempo.

No tardes en escribirme y hazlo con extensión.

Perdona mi exigencia.

Tengo una intensa inquietud espiritual que se refleja en parte en mi artículo del lunes.

¿A qué hora recibirás esta carta?

Son las 11 a.m. Te escribo en mi oficina. Y debo hacer luego un artículo sobre no sé cuál tema transcendental.

Dime muchas cosas.

Y recuérdame.

Juan

21 de noviembre

Perdóname que sólo hoy dé respuesta a tu carta.

No te olvido. No puede ocurrir tal cosa.

Es que hay cosas que sustraen a mi espíritu toda tranquilidad.

Obligadamente tengo que sentirme escritor político y esto me mistifica y me confunde.

La política es detestable, pero me tiene preso.

Eres generosa y sabrás indultarme.

Escribeme largo.

Tus cartas y tus confidencias me hacen mucho bien.

Hasta mañana.

Juan

No me escribas a "El Tiempo".

A bordo del "Atenas". 18 de octubre 1919

Ruth:

Desde mi partida del Callao pensé que te debía unas palabras de adiós. Recordé que tú eras una de las personas que habían sido buenas y dulces conmigo y recordé, sobre todo, nuestra original y simpática intimidad de un tiempo.

Estas líneas, escritas a bordo del "Atenas", en viaje a New York, te llevarán mi despedida. Me despiden en tí de todas las muchachas de Lima que alguna vez se han emocionado leyendo algo mío. Seguramente eres tú la más sentimental, soñadora y tierna de todas.

Compara mi letra de ahora con la de antes si alguna carta mía, merecedora de inmediata inhumación naturalmente, sobrevive entre tus recuerdos. ¿Habrá envejecido mi letra como mi alma? ¡Ah! Ten en seria consideración caligráfica el balance del "Atenas" y la turbulencia célebre del Caribbean Sea.

Si alguna vez te sobran tiempo, humor y sentimentalismo, escribeme a Roma.

Tu affmo. amigo

José Carlos

A Ruth.—

En Lima. — Perú.

Roma, 6 de marzo 1920

Ruth:

Tu carta me ha llegado con mucho retardo. Antes de ser depositada en la estafeta ha tenido que sufrir una larga tramitación burocrática. Sólo después de haber recorrido todas las oficinas postales ha arribado a una donde un sello me ha calificado así: "Sconosciuto dal portalettere".

Yo la esperaba. Sabía que tú me escribirías. Que no podías dejar de escribirme. Y al recoger mi correspondencia, unas veces del consulado, otras veces del apartado de la legación, otras veces de la estafeta, buscaba siempre tu grato sobre de anónimo femenino. Perdóname el calificativo. Pero desde que recibí tu primera carta, guardo de tus sobres la impresión de unos sobres de anónimo. De anónimo amable y bien-

hechor: pero anónimo siempre. ¿Me lo perdonas?

Me dices: "Tu letra está cansada. No es la misma de años atrás". Es muy cierto. No sólo la letra está cansada en mí. También están cansadas la juventud, el alma, la voz, la sonrisa, la mirada, la frase, todo, todo. La adolescente y lírica fe de mis años pasados, de cuando yo era Juan Croniqueur, de cuando yo era un "niño talentoso y malcriado" como, más o menos, me dijo una vez Clemente Palma en su "Crónica"—, me ha abandonado.

Tú sabes que no todos han sido conmigo, igual que tú, generosos y comprensivos. Me han agredido tanto que he tenido que vivir siempre en son de combate. Se ha aprovechado los menores pretextos para soliviantar contra mí la ciudad. He salido de una acechanza para caer en otra. Escándalo tras escándalo. Escándalo de Norka Rouskaya, escándalo de los militares, etc., etc. Ciertamente que yo no he sido prudente jamás. Pero es que no he podido, no puedo, ni podré serlo. Un hombre todo sinceridad no puede ser prudente. No puede ocultar su abominación de la estupidez, ni su pasión por la belleza, la verdad y el talento.

La agresividad que yo he despertado generalmente me envanece a ratos. (Contigo no debo ser falsamente modesto). Ves que si no valiese algo, si fuese un mediocre como los demás, no sería posible que suscitase sórdidas hostilidades. Mas que yo las ha suscitado contemporáneamente Abraham Valdelomar, mi amado amigo, el más brillante talento literario del Perú de hoy y del Perú de ayer. En el Perú es necesario ser absolutamente mediocre para no ser detestado. El talento causa miedo y, por ende, reacción.

Pero no vale la pena hablar de estas cosas cuando se está tan lejos de Lima y, sobre todo, cuando, en los momentos sentimentales, se le extraña amorosamente. Porque mi querida Ruth, yo soy lo bastante romántico, a pesar de mis escepticismos, para extrañar amorosamente mi ciudad. No te miento. En el fondo soy un alma sencilla fiel a sus afectos y menesterosa de ternura.

¿Qué quieres que te cuente de mi vida actual? ¿Que leo y estudio? Esto carece de importancia. ¿Que Roma es hospitalaria y

buena conmigo? Esto carece de importancia también.

Hasta ahora mi sensación más plácida es esta: la sensación de la libertad. En New York, en París, en Roma, se siente uno libre, totalmente libre, ilimitadamente libre. No hay quien espíe, no hay quien vigile, no hay quien controle, no hay quien envidie, no hay quien aceche. Y el desconocido es más libre que todos. La ciudad lo acoge sin prevención, sin prejuicio, sin reticencia. ¡Es muy interesante, Ruth, ser un desconocido!

Leo en tu carta: "Ya nada te falta". Y yo, en el mismo instante, siento que me falta todo. Si Ruth, no me falta nada y me falta todo. He hecho una vida febril, intensa, vertiginosa, he recorrido la escala de todas las emociones, he conocido lo desconocido; y, sin embargo, me falta todo.

Tu lealtad, tu dulzura, tu solicitud conmigo me hacen mucho bien. Te los agradezco con todo el corazón. Nuestra amistad rara, secreta y desinteresada es, como tú dices, una amistad única. Es y será una amistad única en nuestras vidas y en el mundo.

Otra carta mía te llevará algunas impresiones. Te hará conocer también algunos versos míos. A condición de que los conozcas tú sola. Me traicionarias si los hicieras conocer a otras personas. ¿No es verdad?

Ahora debo recibir a mi profesor de italiano. Son las 3 y 25 p.m. Dentro de cinco minutos llegará. Tal vez antes de cinco minutos. Hoy su visita, su lección y su italiano serán inoportunos para mí. Serán detestables, serán fastidiosos, serán mortales. La tarde es de primavera. Mi estancia está llena de sol. Llega hasta ella, no sé de dónde, una música de piano, una música apasionada y sentimental como el alma de este pueblo. Yo quisiera escribirte esta tarde, largamente, interminablemente, como si en este rincón de Roma, tú y yo conversáramos solos y silenciosos. Otra vez será. Pero otra vez no habrá esta tarde de primavera, ni habrá este sol, ni habrá esta música. ¡Ni habrá la inminencia del profesor de italiano!

Tuyo.

José Carlos

P.D.: Mi dirección es: Legación del Perú. La demora de tu carta se debe a su falta de dirección. Para que una "lettera" sea depo-

sitada en la estafeta debe estar dirigida así: "Fermo posta". o "Poste restante". Lo que equivale a nuestro español "Lista de Correos". Pero el español, la sonora lengua de Cervantes y Gastón Roger, es completamente ignorado en los correos de Italia. Escribeme bastante. No es una exigencia, es un ruego. Cuéntame algo interesante de la vida limeña. ¿Debo dirigirme siempre a Ruth? ¿O debo dirigirme a Bertha? ¡Oh! He aquí al profesor. Lo precede el "cameriere" con su ritual anuncio en francés: "Monsieur, le professeur est ici". El "camariere" no me cree capaz de entenderle dos palabras en italiano.

Adiós.

José Carlos

Florenca, 30 de junio 1920

Ruth:

A punto de partir de Roma, en viaje a esta ciudad de Dante y de los Médicis, recibí tu carta del 22 de mayo. Que, naturalmente, me parece que ha tardado mucho. Y que me obliga a reprochartelo. ¿Por qué te has hecho esperar tanto? ¿Es que te estás volviendo mala? ¿O es que te da pereza escribirle a un amigo que se halla tan lejos? En otros tiempos hubieras sido capaz de escribirme sin aguardar mi respuesta. Tú me observarás que siempre "a nuestro parecer cualquiera tiempo pasado fue mejor".

Perdóname el reproche. Apenas trazado me arrepiento de él con toda el alma. Y me arrepentiría más aún si no tuviera la certidumbre de que tú, gentilmente, no me lo tomarás en cuenta.

Gracias por tus noticias. Casi ninguna de ellas era nueva para mí. Pero yo no te he pedido noticias de Lima por las noticias en sí mismas, sino por las noticias a través de tus cartas, de tu frase, de tu comentario o de tus puntos suspensivos.

Me preguntas qué hago por acá. Y yo mismo no lo sé exactamente. ¿Se sabe, acaso, alguna vez lo que se hace? ¿Y, sobre todo, se sabe, alguna vez, cómo calificar lo que se hace? Creo que no. Mira. Yo, en primer lugar, estudio. Y en segundo lugar... ¿Qué hago yo en segundo lugar? Unas veces me aburro, lo cual, me dirás tú, no es

bueno. Otras veces, escribo, lo cual es peor que aburrirse. Y otras veces, no hago nada lo cual es peor aún que aburrirse y que escribir. Ahora hago algo diferente. Te escribo. Y esto no es escribir ni es, mucho menos, aburrirse. Todo lo contrario.

Me place Italia. La amo por su belleza inmensa, por su belleza extraordinaria, por su belleza única. No sólo es sugestiva la Italia del paisaje, la Italia de la rivera Liguria, la Italia del golfo de Salerno. Y no sólo es sugestiva la Italia del arte, la Italia de Miguel Angel, de Leonardo y de Rafael. También es sugestiva la Italia de la pasión. Como se ama en Italia, hasta la muerte, no se ama ya en ninguna parte del mundo. ¡Qué gente más pasional! Aquí son posibles todavía Romeo y Julieta, imposibles y absurdas en otro lugar del globo. Y aquí se comete a diario la heroica tontería de morir por amor. Como tú recordarás el Dante llamó a Italia país que sólo la luz y el amor ha por confines. Y tenía razón. Sus confines, aunque poco geográficos y demasiado poéticos, son verdaderos.

Actualmente, me tienes entregado en alma y cuerpo a Florenca. ¡Qué ciudad tan llena de encantos! Aún viven en ella Donatello y Miguel Angel, Benvenuto Cellini y Juan de Bolonia, Lorenzo de Médicis y la duquesa de Urbino. De Florenca pasaré a algún punto de la campiña Toscana. El verano es insoportable en Roma. Y no lo es menos en Florenca. Hay que ir al campo en esta estación proterva. Además quiero sentirme durante algún tiempo donde no se hable sino italiano, el más puro y musical italiano. Roma es muy cosmopolita. Florenca no le va en zaga. Yo hablo ya italiano, pero, por supuesto, muy macarrónicamente. Después de mi próximo "séjour" en la Toscana espero hablarlo regularmente. Deseo, de otro lado, traducir al castellano algunos notables poetas italianos contemporáneos como Papini, Palazeschi, Marinetti. Salvini, Ada Negri.

Soy de tu misma opinión acerca de "El Tiempo". Al abominable Abate Faria no se le puede leer sin repugnancia unas veces y sin hilaridad otras. Yo permito que artículos míos aparezcan en promiscuidad con los de este loco analfabeto por razones que sería largo explicarte. La más breve de esas